

AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano

8 - 2007 [Monográfico]

Fernando Quesada Sanz

**ESTANDARTES
MILITARES
EN EL MUNDO ANTIGUO**



AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



CONSEJO DE REDACCIÓN - EDITORIAL COMMITTEE - CONSEIL DE LECTURE

En orden alfabético - In alphabetical order - Par ordre alphabétique

Prof. Dr. Gonzalo BRAVO (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Antonio CABALLOS (Universidad de Sevilla) — Prof. Dr. José Joaquín CAEROLS PÉREZ (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. José d'ENCARNAÇÃO (Universidade de Coimbra) — Prof. Dr. Joaquín GÓMEZ-PANTOJA (Universidad de Alcalá) — Prof. Dr. Cristóbal GONZÁLEZ ROMÁN (Universidad de Granada) — Prof. Dr. Enrique GOZALBES CRAVIOTO (Universidad de Castilla-La Mancha; Cuenca) — Prof. Dr. Christine HAMDOUNE (Université de Montpellier) — Prof. Dr. Yann LE BOHEC (Paris, Sorbonne IV) — Prof. Dr. Patrick LE ROUX (Université Paris XIII) — Prof. Dr. Jerzy LINDERSKI (Dept. of Classics, University of North Carolina, Chapel Hill) — Prof. Dr. Julio MANGAS (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Ángel MORILLO (Universidad de León) — Prof. Dr. José Manuel ROLDÁN (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Narciso SANTOS YANGUAS (Universidad de Oviedo)

CONSULTORES DE ARQUEOLOGÍA MILITAR:

Prof. Dr. Cesáreo PÉREZ (Universidad SEK, Segovia) — Prof. Emilio ILLARREGUI (Universidad SEK, Segovia)

CONSULTOR DE ARMAMENTO:

Prof. Dr. Fernando QUESADA (Universidad Autónoma de Madrid)

CONSULTOR DE ARTE MILITAR ANTIGUO:

Prof. Dr. J. Jacobo STORCH (Universidad Complutense de Madrid)



DIRIGE: Prof. Dr. Sabino PEREA YÉBENES (Universidad de Murcia)

© SIGNIFER LIBROS

Apdo. 52005 - MADRID (ESPAÑA - SPAIN)

ISSN: 1578-1518

Dep. Legal: BA-360-01 (nºs 1-6) / S-1646-06 (nºs 7 ss.)

mail: signiferlibros@jazzfree.com

web: <http://signiferlibros.com>

sperea@um.es

<http://aquila-legionis.com>

Madrid (España - Spain - Espagne - Spagna)

Fernando Quesada Sanz

Estandartes militares en el mundo antiguo

Madrid 2007

Signifer Libros

ÍNDICE GENERAL

Introducción	7
I. Historia de un valor añadido: de objetos funcionales a referentes simbólicos	11
II. La necesidad táctica de las señales visuales y auditivas desde la Antigüedad	17
III. Tipos de estandartes militares	23
IV. Los primeros estandartes militares: de la Edad del Bronce a las Guerras Púnicas	25
Egipto	25
Grecia arcaica y clásica	27
El imperio persa aqueménida	28
Alejandro y los reinos helenísticos	29
Los estandartes de Cartago	31
Enseñas de los bárbaros de Occidente	32
V. El origen de los estandartes romanos	35
VI. El águila, espíritu de la legión, y las enseñas, objetos de veneración	39
Plinio y las enseñas de la legión	39
Las enseñas en el campamento y en las capillas	42
Las águilas y sus custodios	44
El águila como símbolo religioso	52
Águilas, prodigios y festivales religiosos	56
Águilas y enseñas perdidas y recuperadas... o mancilladas	59
VII. Otras enseñas militares romanas	65
<i>Signa</i>	65
<i>Vexilla</i>	71
<i>Imagines</i>	76
<i>Signa</i> pretorianos	80
Insignias de animales y símbolos zodiacales	84
<i>Vexilla equitum</i>	86
Águilas, enseñas y religiosidad militar	88
VIII. Las enseñas romanas en el campo de batalla	91
IX. Estandartes romanos tardíos	101
<i>Labarum</i>	104
BIBLIOGRAFÍA	
Abreviaturas	109
Fuentes literarias	109
Internet	110
Trabajos modernos	110

IV.

Los primeros estandartes militares: de la Edad del Bronce a las Guerras Púnicas

Egipto

Ya en el antiguo Egipto existieron enseñas militares diferentes para distintas unidades. Aunque aparecen estandartes ya en el Reino Antiguo, e incluso en la cerámica prehistórica de Nagada, no es hasta el Reino Nuevo, a partir del 1540 a.C. cuando numerosas inscripciones demuestran la existencia de un tipo de oficial portaestandarte, el *ta seryt*, asociado normalmente a un tipo de unidad que A. Schulman considera una ‘compañía’ o ‘regimiento’ (*sa*) de hasta 250 hombres, quizá la unidad mínima con enseña propia.²⁵ Los estandartes primitivos a menudo muestran animales, con seguridad de origen totémico prehistórico. Un curioso texto de Diodoro de Sicilia trata de explicar las razones por las que los egipcios, para desconcierto de griegos, veneraban a los animales, los momificaban y evitaban matarlos. Y esto es lo que dice Diodoro que los egipcios le contaron: “*Y dicen como segunda causa que los de Egipto, que antiguamente resultaban vencidos en muchas batallas por sus vecinos a causa del desorden del ejército, idearon llevar un signo delante de las formaciones. Afirman, pues, que los jefes, después de construir las imágenes de los animales que ahora honran y de fijarlas sobre varas, las sostuvieron y, de esa manera, cada uno conocía de qué formación era; y, como contribuyera grandemente a la victoria la buena formación conseguida mediante éstos, creyeron que los animales habían sido los causantes de la salvación; y los hombres, para darles las gracias, dispusieron, pues, como hábito, no matar nunca ninguno de los entonces representados, sino asignarles el cuidado y honra antes citados, venerándolos*”. (Diod. Sic. 1,86,4-5, trad. F. Parreu).

Nos encontramos ante una típicamente helena actitud de explicación *post facto*, que casi con seguridad invierte el orden los factores asegurando que en origen los animales eran simplemente imágenes que vinieron a ser adoradas porque proporcionaron la victoria a los egipcios; probablemente en las nieblas de la Protohistoria las cosas sucedieron en orden inverso. Pero al menos el texto es muy significativo de cómo un hombre culto en el Mediterráneo antiguo entendía la función de las insignias y la necesidad de mantener formaciones ordenadas, y no turbas armadas, en el campo de batalla.

²⁵ Sobre la figura del portaestandarte, ver Schulman (1964, pp. 69 ss.). Recuerda este autor que además de la plausible –pero no segura– función de llevar el estandarte en batalla, el *taseryt* parece haber sido comandante de tropas, responsable de reclutamiento e incluso con funciones judiciales. Era pues un oficial de rango medio.

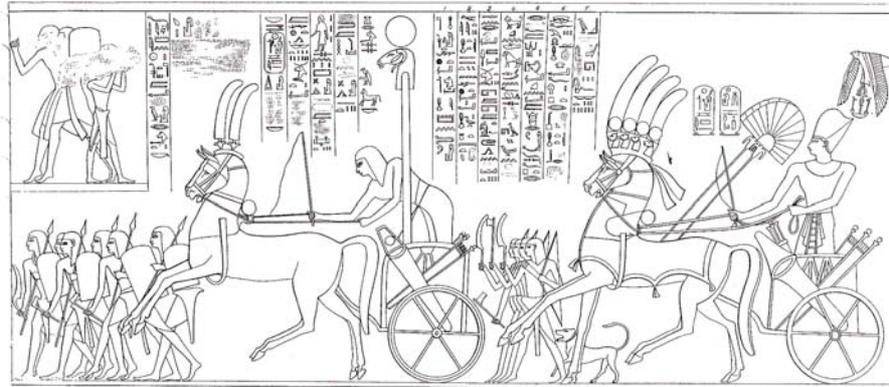


Figura 4. Relieve egipcio de época de Ramsés III. El ejército marcha en campaña. Delante del carro del faraón, otro carro lleva el estandarte del cuerpo de ejército de Amón: la cabeza de carnero. Templo funerario de Medinet Habu.

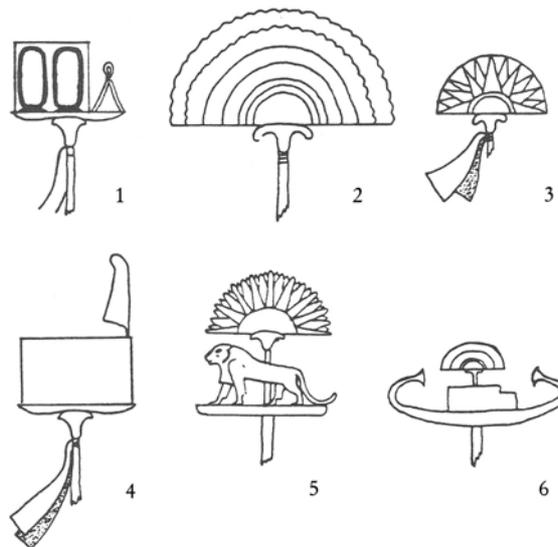


Figura 5. Estandartes militares egipcios del Reino Nuevo. El número 1, tomado de una tumba de Amarna, lleva dos cartuchos con los nombres de Aten y el signo jeroglífico para 'sa' (unidad militar traducida por 'compañía' o 'regimiento' (signo V17 de la clasificación de A. Gardiner).

El número 2 aparece asociado al rey. El 3 es el más frecuente. El 6 pertenece probablemente a una dotación de marina o de 'infantería de marina' del estilo de las tropas mandadas por Ahmose, hijo de Ebana según su autobiografía de su tumba de El Kab. (Calcos de N. Stillman y N. Tallis, 1984)

En el Reino Nuevo, además de estandartes en forma de animales (leones, aves) abundan las representaciones de enseñas en forma de abanico semicircular (es el más común, su forma es la empleada para el signo determinativo jeroglífico para 'estandarte'), decorados con *corbatas* o tiras de tela.²⁶ También existían estandartes para cada uno de los cuerpos de ejército (de dos a cuatro según la época); el estandarte del cuerpo de ejército colocado bajo a protección de Amón era, predeciblemente, una cabeza de carnero coronada por un disco solar sobre un astil, y se llevaba en carro.

Grecia arcaica y clásica

Es significativo que el mundo griego de época arcaica y clásica no empleara, hasta donde sabemos, enseñas militares, probablemente porque no eran necesarias dado el reducido tamaño de los ejércitos y la simplicidad de las tácticas de la falange hoplita, basadas en el choque frontal sin apenas intervención efectiva de infantería ligera o caballería, al menos una vez trabada la batalla principal. Ni siquiera Esparta, que contaba con el ejército más profesionalizado de Grecia, parece haberlas empleado.²⁷



Figura 6. Casco corintio arcaico, probablemente del s. VII a.C., hallado en el río Guadalete (Cádiz). La limitada visión y audición de este modelo de casco, diseñado para una lucha frontal cuerpo a cuerpo dentro de la formación de la falange, limitaría severamente la posibilidad de ver u oír señales una vez entablada la batalla. Museo de Jerez de la Frontera (Cádiz).

²⁶ La obra de referencia sobre estandartes militares egipcios sigue siendo Faulkner (1941). Ver además Stillman, Tallis (1984:108-110). Decepcionante en su brevedad McDermott (2004: 117), Partridge (2002:91-92); Martínez Babón (2003:131).

²⁷ Anderson (1970:82-83)

Cuando surgía la necesidad –por ejemplo si había que coordinar la actuación de unidades separadas–, se usaron estandartes de circunstancias para actuar como señales, caso de un casco alzado sobre una lanza (Polieno 2, 5,2) o una bandera roja o blanca (Polibio 2,66,11; Plutarco, *Filopemen* 6).²⁸

El imperio persa aqueménida

Sin embargo, los griegos sabían del uso regular de estandartes por los persas; Jenofonte menciona el estandarte real aqueménida (un disco alado) en la batalla de Cunaxa (*Anábasis* 1,10-12), y la cerámica griega de Figuras Rojas a menudo muestra tropas persas con enseñas, como una curiosa placa cuadrada dividida por un aspa en cuatro triángulos, que sin duda no es un estandarte real o nobiliario. En cambio, Jenofonte manifiesta conocer personalmente el estandarte personal del Gran Rey, ya mencionado: “Aquí se detuvieron los griegos [...] Decían ver la enseña real: una especie de águila de oro, con las alas desplegadas, en la punta de una lanza” (Jenofonte, *Anábasis* 110,12, trad. R. Bach). La descripción, aparte de por la propia iconografía persa, es confirmada por Filóstrato *el Viejo*: “Aquí están los Medos y el centro de Babilonia, y la insignia real, el águila dorada sobre el escudo [pelta]” (*Imagines, Themistoc.* 2,31)²⁹. Probablemente Filóstrato (*fl.* s III d.C.) confunde en la distancia el disco solar con la imagen de un escudo ‘pelta’.



Figura 7. Detalle del medallón central de una copa ática de Figuras Rojas del pintor Duris, hacia el 490-480 a.C., poco después de la batalla de Maratón. Un hoplita griego derriba a un portaestandarte persa. Museo del Louvre (según D. Head).

²⁸ Sobre señales ver entre otros Lazenby (2004). Para el mundo romano, Woolliscroft (2004). pero se trata de otro tema completamente diferente al de las enseñas, aunque se usaran banderas.

²⁹ Trad. del inglés, D. Fairbanks, Loeb Class. Library.

En su *Ciropedia* el mismo Jenofonte parece haber reflexionado sobre la utilidad de las insignias, sobre todo para alinear la formación en el avance, servir de referencia para reagrupar las tropas y como indicación de la posición del mando: “El estandarte tenía un águila de oro con las alas desplegadas sobre una larga lanza –todavía en la actualidad este estandarte del rey de Persia se conserva” (Jenofonte *Ciropedia* 7,1,4); “El portador de equipo del taxiarco [sic] iba en primera posición portando un estandarte conocido por todos los componentes de su compañía, de suerte que marchaban en un orden compacto” (Jenofonte, *Ciropedia* 6,3,4, trad. A. Vegas) Así, más adelante, su novela presenta estandartes plantados en todas las tiendas de los oficiales para facilitar su localización (*Ciropedia* 8,5,13): “Todos los comandantes tenían enseñas en sus tiendas... los ayudantes de campo de Ciro conocían las posiciones dentro del campamento de los comandantes y sabían la enseña de cada uno...”.



Figura 8. Impronta de un sello persa aqueménida en calcedonia con la imagen del rey cazador. Sobre él, el símbolo real que coincide con las descripciones de Jenofonte y debía ser muy similar al estandarte de guerra del Gran Rey.

Alejandro y los reinos helenísticos

Durante mucho tiempo se ha sostenido que tampoco los ejércitos macedónicos de Alejandro y de los reinos helenísticos emplearon estandartes (*semeia*), pese a que el manual de *Táctica* de Asclepiodoto los menciona expresamente (2,9) y también Eliano (*Taktike theoria* 9.4) y Arriano (*Táctica*, 2.9). Así por ejemplo Eliano escribe: “*Dos taxeis se agrupan en un syntagma, 16 lochoi, 256 hombres y el comandante de esta unidad se llama syntagmatarca... y a cada syntagma de 256 hombres pertenecen cinco supernumerarios: un portaestandarte, un cierra-fila, un trompeta, un ayuda de campo y un heraldo*”. Ciertamente que Asclepiodoto es una fuente relativamente tardía (s. I a.C.), lo mismo que Claudio Eliano (principios del s. II d.C., c. 106-113 d.C.) y Arriano (c. 136 d.C.), y que unos autores beben de otros, pero la fuente original quizá se remonta nada menos que a Polibio, autor sin duda

fiable.³⁰ J.K. Anderson por ejemplo creyó que los escritores griegos propusieron de manera teórica para los ejércitos helenísticos una práctica real de los romanos.³¹ Sin embargo, trabajos recientes³² vienen a insistir en que algunos textos -aparte de los tácticos tardíos citados- mencionan estandartes, y no sólo personales del rey como quería Reinach.³³ Es el caso de una referencia explícita de Arriano al estandarte de una unidad de los *Compañeros*, diseñado por Hefestión: “Alejandro nunca nombró a ningún otro quiliarco en sustitución de Hefestión al mando de la caballería de los Compañeros, a fin de que el nombre de Hefestión se conservara siempre en su batallón; la quiliarquía se llamó ‘de Hefestión’ y el estandarte que la precedía en la marcha era el diseñado por Hefestión” (Arriano, *Anab.* 7,14,10, trad. A. Guzmán). Hay además alguna evidencia iconográfica que indica que, probablemente por influencia persa, los ejércitos de los reinos helenísticos emplearon no sólo señales fijas sobre postes en los campamentos (empleadas desde mucho antes), sino estandartes de unidad rígidos al modo de los aqueménidas (como la representada en una placa de bronce incisa de Pérgamo)³⁴ o similares a los *vexilla* romanos, que quizá tuvieran directa influencia helenística. De hecho, Livio menciona constantemente estandartes capturados, incluso criticando a Valerio Antias por exagerar en sus obras el número de las capturas: “De creer a Valerio, que aumenta todas las cifras de manera exagerada, aquel día... [en Cinoscéfalos, 197 a.C.] se capturaron doscientas cuarenta y nueve enseñas militares” (Livio 33,10,8). Pero otras cifras, como las 27 enseñas capturadas en Falana (171 a.C.) (Livio 42,66,10) son perfectamente verosímiles. También Orosio, aunque por supuesto es peor fuente por su distancia en el tiempo, afirma que Pirro de Epiro perdió 53 insignias ante los romanos en *Asculum* (Orosio, *Adv. Pag.* 4,1,22), aunque no sin coste para éstos.³⁵

Más problemática es la que probablemente sea la más espectacular representación helenística de un estandarte. Nos referimos a la que aparece tallada en relieve, junto con otras armas amontonadas, sobre un relieve de Pérgamo conmemorativo de una victoria de Eumenes II (197-158 a.C.) sobre los gálatas. La escultura procede de la zona del templo de Atenea en la acrópolis pergamena, y se encuentra ahora depositada en el *Pergamon Museum* de Berlín. La enseña, como otras de las armas representadas, podría ser del ejército atálida, sin embargo, su parecido con la enseña reproducida en el relieve celtoitálico de Bormio, en el norte de Italia, hace que pueda plantearse la hipótesis de que se trate de una enseña capturada a los gálatas... aunque cómo éstos ya llevaban

³⁰ Ver Devine (1989:32-33).

³¹ Anderson (1970:83).

³² Karunanithy (2006).

³³ Reinach s.v. *signa*, 1309.

³⁴ *Ibidem* (2006, p. 5, Fig. 1)

³⁵ *exercitu vero Pyrrhi XX milia prostrata sunt. regis signa ablata LIII, Romanorum undecim amissa sunt*

tiempo moviéndose por territorio macedonio y griego, la transmisión bien pudiera haber sido la inversa.



Figura 9. A la izquierda, posible enseña tallada, junto con otras armas amontonadas, sobre un relieve de Pérgamo conmemorativo de una victoria de Eumenes II (197-158 a.C.) sobre los gálatas. La escultura procede de la zona del templo de Atenea en la acrópolis pergamena. Museo de Berlín. Podría tratarse de un estandarte celta capturado, ya que en un relieve celta del s. III a.C. hallado en Bormio (norte de Italia) aparece un guerrero con una enseña relativamente similar. Museo de Pérgamo (Berlín) (foto del autor).

Los estandartes de Cartago

Los cartagineses –que al menos desde la Primera Guerra Púnica a mediados del s. III a.C. recibieron una fuerte influencia militar griega, ‘importando’ incluso generales como Jantipo–, probablemente emplearon también estandartes, según se aprecia en la llamada estela ‘del Marte Púnico’,³⁶ imagen fragmentaria hallada en el llamado ‘*tofet* de Salambó’ y datable entre los siglos IV-III a.C., que presenta un jinete a la izquierda con casco (quizá del tipo ‘Montefortino’ aunque la figura es demasiado esquemática para asegurarlo) y una enseña sobre el hombro, inclinada, con corbatas de tela, aunque recientemente M. Fantar, que tiende a identificar ésta y otras imágenes como posibles representaciones de una divinidad de carácter guerrera, quizá el mismo Eshmun, afirma sobre el objeto que es ‘*un motivo cuya significación precisa requiere investigación*’.

³⁶ Ver ilustración de la estela en Fantar (2001:141).

Un estandarte de aspecto similar, identificado con un ‘caduceo con disco y creciente lunar’,³⁷ aparece sobre la cubierta, cerca de la proa de un barco de guerra en una estela del *tophet* de Cartago.³⁸ Stefano Medas considera sin embargo³⁹ que es un estandarte propio de la nave con carácter de mascarón, apotropaico, similar al pateco que según Heródoto (3,37,2) protegía las naves fenicias. La similitud con el estandarte del ‘Marte púnico’, sin embargo, permitiría otra identificación como posible estandarte militar, quizá de carácter divino/nacional. Frontino (*Strat.* 4,7,13) menciona que Marco Porcio Catón capturó al abordaje en una ocasión barcos cartagineses y, distribuyó entre sus hombres las armas e insignias capturadas, para con ellas engañar a los enemigos y hundirles más barcos.⁴⁰



Figura 10. Cartago. Estandarte de disco y creciente cerca de la proa de un barco de guerra cartaginés. Sobre una estela del *tophet* de Cartago. Un jinete con casco representado en otra estela, el llamado ‘Marte púnico’ porta una enseña similar. Hacia el s. III a.C. (según *I Fenici*, 1988).

Enseñas de los bárbaros de Occidente

También los pueblos ‘bárbaros’ de Occidente utilizaron las enseñas militares. Las fuentes literarias romanas, y en especial Tito Livio (por ejemplo

³⁷ En principio el término caduceo, de origen griego (*kerykeion*) es una vara de olivo adornada con guirnaldas, que llevaban los heraldos y emisarios. Al ser Hermes/Mercurio el mensajero de los dioses, se le atribuyó el caduceo. Las alas y serpientes que adornan el caduceo en determinadas representaciones aluden a un episodio de la vida de este dios. Pero en sentido lato el caduceo es una vara de heraldo ornamentada.

³⁸ Moscati (ed.) *I Fenici* (1988:558, dibujo de la pieza entera); Medas (2000:Fig., 52, foto de detalle).

³⁹ Medas (2000:147)

⁴⁰ “*cum in classem hostium transiluisset, disturbatis ex ea Poenis eorumque armis et insignibus inter suos distributis multas naves hostium, quos sociale habitu fefellerat, mersit*”.

25, 33; 29, 2; 31, 49, 7; 34, 20; 39,31,14; 40,33,4-6), citan específicamente en varias ocasiones los *signa militaria* empleados en batalla por los Iberos o Celtíberos, o capturados a los Celtíberos.⁴¹ Las fuentes atribuyen a las insignias celtibéricas e ibéricas funciones similares a las ya mencionadas, especialmente como punto de referencia y reunión en la batalla: “*la misma circunstancia que les impidió resistir y entablar combate –el hecho de no marchar en una sola columna ni agrupados en torno a las enseñas- fue la salvación para una gran parte por medio de la huida...*” (Livio 40,33, trad. J.A. Villar); e incluso tropas veteranas son capaces de deducir, por las oscilaciones de las enseñas en la lejanía, la indecisión de una tropa desmoralizada; fue el caso de la gran batalla del 205 a.C. en que los ilergetes de Indíbil fueron vencidos, y sus líneas estandartes comenzaron a oscilar, signo de que los hombres vacilaban, la moral caía y la línea flaqueaba (*fluctuantia signa*, Livio 29,2).

No sabemos el aspecto que tuvieron estos estandartes prerromanos, pese a que se han querido interpretar como insignias de caballería celtibérica –*signa equitum*– algunas piezas celtibéricas en forma de doble prótomo o cabeza de caballo,⁴² que a nuestro modo de ver son demasiado pequeñas –en torno a los 10-13 cm. de alto- y demasiado minuciosas en su decoración en miniatura como para ser enseñas militares. Además, el ejemplar hallado en Numancia todavía con su astil de madera de 150 cm.⁴³ apunta más hacia un báculo, cetro o bastón⁴⁴ que a un estandarte de caballería que ha de ser llevado en alto para ser visible. Probablemente nos hallamos pues ante ‘insignias de rango (cetros)’, o bastones ceremoniales como los mencionados por Apiano: “*Los nergobirgenses... enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo [kerukeion] y solicitaron el perdón...*” (Apiano, *Iber.* 48, trad. A. Sancho). En fechas muy recientes se ha demostrado brillantemente⁴⁵ que el famoso jinete de La Bastida de les Alcuses no es un exvoto sino que forma parte de una serie creciente de remates en forma de jinetes armados de muy pequeño tamaño –menores incluso que los celtibéricos-; a partir de ello se ha propuesto que, como en el caso de la Celtiberia, estas pequeñas figuritas sean parte de *signa equitum*. Como en el caso anterior, no creemos en el carácter de ‘enseña’ o estandarte de estas piezas, sino más bien en su función como vara o bastón ceremonial, *signum* en el sentido amplio y no estricto de la palabra, y desde luego a nuestro juicio sin las diversas funciones militares que hemos resumido antes.

⁴¹ Los trabajos más completos y detallados sobre esta cuestión son los de Pastor Exiarch (1998 y 2004). Ver además Almagro, Torres (1999:96 ss.) y Almagro (1997).

⁴² Almagro, Lorrio (1997)

⁴³ Mérida *et al.* (1924, 30, lám. 8.1)

⁴⁴ *Pro* Pastor (1998:39; 2004:1472); Jimeno *et al.* 2004:167-170).

⁴⁵ Lorrio, Almagro (2004-2005).

Enorme dificultad –por no hablar de la cuestión cronológica y de los préstamos iconográficos romanos- encierra la identificación de estandartes en el diminuto campo iconográfico de las monedas peninsulares, pero no cabe duda de la aparición de algunos, como el cuadrúpedo sobre un astil de la ceca de *Kurukuruatin*⁴⁶ -probablemente más romano que indígena y más francesa que peninsular- o la figura menos identificable (que recuerda a los estandartes púnicos, quizá caduceos también, pero que podría ser un caduceo o bastón) en las de *Seteiskan*.⁴⁷ No creemos que pueda identificarse como estandarte el ave de *Sekaisa*.⁴⁸

Varios relieves y acuñaciones monetales de pueblos galos muestran también portaestandartes, y su existencia queda confirmada por un texto de César referido a los carnutos, quienes juraban ante sus estandartes militares, ceremonia que suponía establecer el más sagrado de los compromisos: “*Los Carnutos declaran... y exigen que se les haga promesa y juramento solemne ante los estandartes militares –modo en el que hacen sus ceremonias más sagradas- que no serán abandonados por el resto de los Galos cuando comiencen la guerra*”.⁴⁹ (*Bell. Gal.* 7, 2).



Figura 11. Portaestandarte celta con gran escudo y casco de tipo Negau sosteniendo un estandarte. Estela hallada en Bormio (norte de Italia). Siglos V-III a.C. Museo Civico de Como.

⁴⁶ Guadán (1979:81 y Fig. 34). Pero la insignia puede ser más romana que indígena. Villaronga además no lo considera un topónimo sino un *np*, y ubica la ceca definitivamente entre las acuñaciones de la Narbonense, en concreto del Hérault Occidental (Villaronga 1994:439) con fecha –discutible, podría ser posterior– de finales del s. II a.C.

⁴⁷ Muy discutible, quizá sea un cetro o bastón (así, Guadán 1979:87-88 y Fig. 42). *Contra*, argumentando una inexistente ‘casi unanimidad’, Pastor (2004:1446-1448).

⁴⁸ Discusión en Pastor (1004:1450 ss.).

⁴⁹ *petunt, collatis militaribus signis, quo more eorum gravissima caerimonia continetur, ne facto initio belli ab reliquis deserantur...*

VIII.

Las enseñas romanas en el campo de batalla

Pese a todo lo dicho en páginas anteriores, las enseñas militares siguieron jugando desde el 100 a.C. y a lo largo de todo el Imperio un papel militar práctico esencial, tanto los *signa* y *vexilla* como enseñas tácticas como las águilas desde el punto de vista moral. Según hemos ido analizando, todos los estandartes en conjunto, y no sólo las águilas, fueron adquiriendo en el ejército profesional un fortísimo carácter simbólico como referencias visibles y encarnación del espíritu de las unidades y de los hombres que las componían. Perder una enseña se consideró casi siempre uno de los desastres mayores que podría acaecerle a una formación militar desde el punto de vista del prestigio y la autoestima, valores que a lo largo de toda la historia han sido esenciales en la vida de los soldados: “*Los romanos que habían subido con los estandartes [a los muros del Templo de Jerusalén] lucharon para defenderlos, pues para ellos es terrible y vergonzoso el que se los quitaran. Finalmente los judíos se apoderaron también de los estandartes y mataron a los que habían subido*” (Josefo, *Bell. Iud.*, 6, 225-226).

Las legiones romanas fueron, desde época de César, una de las fuerzas más profesionales y con mayor *esprit de corps* que el mundo había conocido hasta entonces o que hayan existido luego –lo que significa que eran leales ante todo a ellas mismas, a su tradición.¹⁸⁰ Cuando en el año 14 d.C. algunas legiones se amotinaron en Panonia, los sublevados trataron de fundir tres legiones en una sola... pero no hubo manera, porque todos querían que la unidad así creada tuviera el nombre y guardara las tradiciones de su propia unidad primitiva: “*pretendieron juntar en una las tres legiones. Los disuade el espíritu de cuerpo [aemulatione], pues cada cual exigía aquel honor para su legión, por lo cual cambian de plan y colocan juntas las tres águilas y los estandartes de las cohortes...*” (Tácito, *Ann.* 1,18,2, trad.J.L. Moralejo).¹⁸¹

Las enseñas eran, además de los objetos de carácter sacro y simbólico que hemos analizado antes, también y quizá sobre todo, el símbolo que condensaba el espíritu de cuerpo de la unidad, de forma muy parecida al

¹⁸⁰ Sobre la historia de la legiones, aparte de trabajos clásicos, en español es recomendable – no tiene nada que envidiar a trabajos franceses similares en masa de información- Rodríguez González (2001), También Le Bohec, Wolf (2000); más elemental pero accesible por red, <http://www.livius.org/le-lh/legio/legions.htm>. Análisis breve pero excelente del papel de la cohesión de unidades en Goldsworthy (1996:253 ss.).

¹⁸¹ *tres legiones miscere in unam agitaverint. depulsi aemulatione, quia suae quisque legioni eum honorem quaerebant, alio vertunt atque una tres aquilas et signa cohortium locant...*

‘Regimental colour’ del todavía ‘tribal’ ejército británico de hoy, de la que el ceremonial ‘Trooping the colour’ es el resto más visible.¹⁸²

Al igual que hoy los regimientos recuerdan a sus soldados batallas pretéritas en las que nunca estuvieron –y se considera parte esencial en el entrenamiento generar ese orgullo de cuerpo por hazañas pretéritas en las que no se estuvo personalmente-, Antonio Primo podía en 69 d.C. animar a sus hombres de la *legio III Gallica* mediante el *esprit de corps*, aludiendo a las antiguas batallas contra los partos libradas bajo Marco Antonio, más de un siglo antes (Tácito, *Hist.* 3, 24).

Pero toda esa carga ideológica de las enseñas deriva de su primitiva función táctica. Las obras de Julio César y de sus generales del *Corpus Caesarianum* muy a menudo explicitan el papel esencial que las enseñas jugaban en su ejército, a mediados del s. I a.C., como punto de referencia y agrupamiento, en la batalla y durante las marchas. Ese papel continuaría a lo largo de todo el Imperio. Las enseñas marchaban al frente de las unidades no sólo en las paradas, sino en las marchas y en la batalla, como nos muestra la columna Trajana y la literatura (Tácito, *Ann.* 3, 45).

Según Flavio Josefo, en el Imperio las enseñas marchaban agrupadas junto a los tribunos al frente del conjunto de la fuerza legionaria (Josefo, 3, 123), pero debía ser mucho más habitual –o Josefo es impreciso aquí¹⁸³ que como cuenta Arriano las insignias fueran a la cabeza de cada legión (Arriano, *Acies contra Alanos* 1,3). En batalla, el águila estaba en la I cohorte de cada legión,¹⁸⁴ bajo el cuidado directo del centurión *primus pilus* (Vegecio 2,6,1-2; 2,8,1); las demás enseñas marchaban con sus respectivas unidades como es lógico.

A veces incluso, la costumbre romana de mantener a los hombres agrupados en torno a las enseñas planteaba problemas tácticos contra enemigos que combatían de manera irregular, como le ocurriera a César en la Galia en lucha contra los hombres de Ambiorix: “*No había, como he dicho, ejército regular, ni una ciudad o una fortaleza que pudiera defenderse por las armas., la gente estaba dispersa por todos lados.. si [César] quería de una vez acabar con estos bandidos, debía dispersar los hombres en diferentes direcciones; si quería, como manda la disciplina y costumbre en el ejército romano, mantener a los hombres agrupados junto a sus estandartes, la situación sería la mejor defensa para los bárbaros...*” (César, *Bell.Gal.* 6,34).¹⁸⁵

¹⁸² Sobre la pervivencia de tradiciones arcaicas en el ejército británico, Beevor (1991:299 ss.) y: <http://www.trooping-the-colour.co.uk/>

¹⁸³ Lo que parece improbable, dada su detallada narración del orden de marcha del ejército romano. Para un esquema gráfico, ver Peddie (1994:35).

¹⁸⁴ Sobre su estatus de tropa de élite dentro de la legión imperial, Peddie (1994:30)

¹⁸⁵ ...*si continere ad signa manipulos vellet, ut instituta ratio et consuetudo exercitus Romani postulabat...*

Prueba de lo importante que era la visibilidad de las enseñas para los generales, incluyendo la de las enemigas, es un episodio de la Guerra Civil de África entre César y los partidarios de Pompeyo: el antiguo general de César Tito Labieno, pasado a los pompeyanos, se encontró con un soldado de César a quien confundió con un recluta (tiro): “A lo que respondió el soldado,: ‘No soy un recluta, Labieno, sino un veterano de la X Legión [fuerza de élite de César]’. A esto dijo Labieno: ‘No distingo las enseñas de la décima [signa decumanorum]...’” (Bell. Afr. 16).

César proporciona numerosos ejemplos del empleo de las enseñas como referencia táctica. Así, el oficial cesariano que escribió el *Bellum Africanum* cuenta que en una ocasión Julio César, observando la situación táctica, ordenó que “ningún soldado se adelantara más de cuatro pasos a los estandartes” (Bell. Afr. 15, trad. P.J. Quetglas).¹⁸⁶ Poco después, César ordenó una arriesgada maniobra sobre la referencia de las enseñas: “ordena extender al máximo la línea del frente y, obligando a realizar un cambio de frente a la mitad de las cohortes, de manera que, alternas, unas lucharan detrás de las enseñas y otras delante de ellas...” (Bell. Afr. 17, trad. P.J. Quetglás modificada).¹⁸⁷

El propio vocabulario latino, y en especial el técnico, está lleno de frases hechas tácticas y campamentales que usan las insignias como base de su construcción lingüística.¹⁸⁸ Así, formar es *signa conferre*; desordenar la línea enemiga se suele expresar mediante la expresión *signa confundere*. La instrucción en orden cerrado también tiene voces basadas en las enseñas: media vuelta puede expresarse como *signa convertere*, y ‘de frente’ puede expresarse como *signa ferre*, y ‘cargar’, *signa inferre*.¹⁸⁹

Durante las guerras civiles, cuando se enfrentaban legiones igualmente orgullosas y conscientes de la importancia de las enseñas, las matanzas en torno a los estandartes eran feroces, como ocurrió en el 69 d.C., durante la Primera batalla de Cremona (*Bedriacum*) entre los partidarios de Otón y de Vitelio: “En el bando de Vitelio estaba la XXI legión, apodada *Rapax*, renombrada de antiguo [vetere gloria insignis]; en el de Otón estaba la I *Adiutrix*, no probada en combate pero ansiosa y hambrienta de éxito [non ante in aciem deducta, sed ferox et novi decoris avida]. Los de la Primera, abatidas las primeras filas de la Veintiuna, capturaron su águila. Furiosa la legión por este ultraje, cargaron contra la Primera, mataron a su general Orfidio Benigno y tomaron muchas insignias [signa] y estandartes [vexilla].” (Tácito, *Hist.* 2,43,1). Una legión

¹⁸⁶ *edicit per ordines nequis miles ab signis IIII pedes longius procederet*

¹⁸⁷ *iubet aciem in longitudinem quam maximam porrigi et alternis conversis cohortibus ut una post, altera ante signa tenderet..*

¹⁸⁸ Una lista bastante completa en Reinach (s.v. *signa* p. 1322.).

¹⁸⁹ En todo caso no se conserva, hasta el *Strategikon* de Mauricio en el s. VI d.C., un compendio de voces de mando en latín. Las reconstrucciones realizadas por los diversos grupos de recreación histórica se basan en este manual bizantino e interpolando algunas órdenes necesarias no recogidas en él.

novata podía sentir que no ‘ganaría’ de verdad sus enseñas hasta haberse probado en batalla; así lo transmite el discurso, muy plausible,¹⁹⁰ que Cerial dirigió a sus hombres en 70 d.C. (revuelta de Civil): *”La exhortación de los jefes, no a manera de arenga ante todos reunidos, sino conforme pasaban ante los grupos de los suyos... aplicaba a las legiones estímulos exclusivos, llamando a los de la Decimocuarta ‘Conquistadores de Britania’. Galba había sido hecho emperador por la iniciativa de la legión Sexta. En aquel combate los de la Segunda consagrarían por vez primera sus nuevas banderas y su nueva águila”* (Tácito, *Hist.* 5, 16, 2-3, trad. J.M. Requejo). En numerosas ocasiones, la lucha en torno a las enseñas era especialmente feroz según se ha visto ya en numerosos ejemplos (Tácito, *Hist.* 2, 43, 1; 3, 22; Josefo *Bell. Iud.* 6, 223ss.; César, *Bell. Gal.* 5, 37, etc.). También, como se ha visto ya, una victoria podía ser medida no sólo por las bajas causadas, sino por el número de estandartes enemigos capturados (Cicerón, *Ad Fam.* 10, 29, batalla de *Forum Gallorum* del 43 a.C.).

Incluso una categoría especial de legionarios de élite capaces de combatir ocasionalmente como infantería ligera (recordemos que desde el final de la República la legión había abandonado los *velites* como infantería ligera orgánica), pero quizá también asociados a la protección de los estandartes, se denominan en las fuentes como *antesignani* (“que marchan delante de las insignias”). De todos modos, el origen del término y su función precisa son todavía objeto de debate a veces acalorado. Quizá los *antesignani* altoimperiales sean lo mismo que los *lanciarrii* del s. II d.C.¹⁹¹ César en un momento dado cita

¹⁹⁰ Goldsworthy (1996:147).

¹⁹¹ G. Webster (1979:21 n.5) cree por ejemplo que los *antesignani* (antes *antepilani*) eran los legionarios de las filas de los *hastati* y *principes*. Otros creen que eran tropas escogidas para proteger las enseñas (Cowan 2003a:48). Conviene tener en cuenta el más que probable cambio de significado del nombre con el paso del tiempo, como expresa bien el clásico pero todavía utilísimo W. Smith (1875): *“Antesignani: While the Hastati and the Principes, taken together, were sometimes termed Antepilani, in contradistinction to the Triarii, so the Hastati alone were sometimes termed Antesignani, in contradistinction to the Principes and Triarii taken together. That the Antesignani were the soldiers who fought in the front ranks, is manifest from almost every passage in which the word is found (e.g. Liv. II.20, VII.33); that they were so called from being placed before the standards, is proved by the description of the confusion which prevailed in the engagement at the Thrasymene lake, “Non illa (such. pugna) ordinata per principes, hastatosque ac triarios, nec ut pro signis antesignani, post signa alia pugnaret acies” (Liv. XXII.5); that they were not the Velites is clear from the marshalling of the troops before Zama, “vias patentes inter manipulos antesignanorum velitibus complevit” (Liv. XXX.33, who here translates Polybius); that they were the soldiers who formed the first line as distinguished from the second, appears from the narratives of the battles against the Latins, “caesos hastatos principesque, stragem et ante signa et post signa factam, triarios postremo rem restituisse” (Liv. VIII.11), and against the Tuscans, “cadunt antesignani, et ne nudentur propugnatoribus signa, fit ex secunda prima acies” (Liv. IX.39); and from these two quotations, it is further evident that the position of the “signa was behind the hastati and before the principes. These signa must have been the ordinary standards of the maniples, for we know that the aquila was in the custody of the first maniple of the triarii. The term Antesignani having become established as*

a los *antesignani* como “*hombres valerosos elegidos entre todas las legiones, centuriones y [antesignani i.e.] soldados que precedían a las insignias*” (Bell. Civ. 1,57, trad. P.J. Quetglas)¹⁹² lo que indica un *status* como hombres de élite. Tito Livio escribe, narrando una vieja batalla contra los etruscos en el 310 a.C., de un modo que parece indicar que los *antesignani* eran la primera línea de batalla, los *hastati*: “*Ni un indicio de fuga por ninguna de las partes; caen los antesignani, y para que las enseñas no queden sin defensores, la segunda línea se convierte en la primera...*” (Livio, 9,39,7). Donde unos piensan que los *antesignani* eran los *hastati* y los *principes* juntos, otros creen que es una categoría especial dentro de los *hastati* republicanos, o sólo los *hastati*, o una categoría intermedia entre los *velites* y los legionarios. En todo caso, lo que ahora nos interesa es que su carácter de élite en época tardorrepublicana se asocia a su posición relativa a las enseñas, indicio de la importancia táctica de éstas en el campo de batalla.

En alguna ocasión incluso las águilas fueron usadas para engañar al enemigo. En un episodio en apariencia excepcional, Tácito cuenta (*Anales* 13, 38) cómo en el año 58 d.C., en lucha con el rey Tirídates de Armenia, el general Corbulón juntó los efectivos de dos legiones (la III y la VI) bajo ‘*una sola águila, para que pareciera una sola legión*’. Por una vez, la trata consiste en hacer que el ejército apareciera como *menor* de lo que realmente era, en lugar de más numeroso. César tampoco hacía ascos a estratagemas similares cuando lo creía necesario: “*cubre las insignias de los suyos, esconde los estandartes, y transfiere en pequeños grupos a sus hombres –para que desde la ciudad no lo advirtieran- desde en campamento mayor al menor...*” (Bell.Gal. 77, 45). Evidentemente, lo tradicional no quita lo práctico, al menos para generales veteranos dispuestos a aprovechar cualquier ventaja.

Pero sobre todo hay -en las diversas fuentes- anécdotas jugosas que muestran cómo se empleaba el *esprit de corps* de las unidades y su apego a las águilas para encorajinar a los soldados en momentos difíciles. Así, Plutarco narra como en la batalla de Pidna (168 a.C.) “*Los romanos no eran capaces de romper las filas de la falange. Entonces un tal Salius, comandante de los Pelignios*¹⁹³ *tomó la enseña de su unidad y la arrojó entre los enemigos. Al ver esto los Pelignios –y dado que entre los itálicos se considera un gran deshonor abandonar un estandarte– se lanzaron con furia hacia él, por lo que la lucha se*

denoting the front ranks in a line of battle, was retained in this general sense long after the *Hastati*, *Principes*, and *Triarii* had disappeared (see Caes. B. C. i.43, iii.84, where they are the oldest and best soldiers, who now led the van. Comp. Varro ap. Non. s.v. *Antesignanorum*).”

¹⁹² “*electos ex omnibus legionibus fortissimos viros, antesignanos, centuriones*”. Ver también el debate en

<http://p200.ezboard.com/fromanarmytalkfrm1.showMessage?topicID=400.topic>

<http://p200.ezboard.com/fromanarmytalkfrm1.showMessage?topicID=278.topic>

¹⁹³ Aliados itálicos, procedentes de Italia central, cerca del Adriático. Combatían como los romanos.

volvió feroz y la matanza terrible en ambos bandos. Porque unos trataban de cortar las picas con sus espadas, o apartarlas con sus escudos, o con sus manos desnudas; y, en el otro bando, los Macedonios sostenían sus largas sarissas con ambas manos, y atravesaban a quienes encontraban en su camino, no hay escudo o coraza capaz de resistir la fuerza de ese arma...” (Plutarco, *Aem. Paul.* 20, 1-3).

Se trata sin duda de un empleo heterodoxo de la enseña, nacido de la desesperación, pero ejemplifica bien la forma en que un comandante podía jugar con las emociones de sus hombres. En realidad, y pese a la verosimilitud con que Plutarco narra el episodio, éste no es sino uno más de una larga cadena de tópicos similares. Frontino cuenta que ya en la remota época monárquica, un joven Servio Tulio, al observar que los portaestandartes vacilaban, arrojó una enseña (*signum*) “entre las filas enemigas. Para recuperarla, los romanos lucharon con tal furia (*ardenter*) que no sólo recuperaron el estandarte sino que obtuvieron la victoria” (Frontino, *Strat.* 2,8,1). También Floro (1,5,2=1,11) narra un suceso similar en la batalla de Lago Regilo (499 a.C.) cuando el dictador A. Postumio “lanzó una enseña contra el enemigo –nuevo y destacable *ardid*” –aunque ya hemos visto que Frontino lo remonta más aún.

Lo mismo hicieron según las fuentes el cónsul Furio Agripa en 446 a.C. en lucha contra los Volscos y los Ecuos (Frontino *Strat.* 2,8,2; Livio 3, 70, 10); Tito Quintio Capitolino arrojó una enseña entre los Faliscos (*Strat.* 8,2,3); Tito Quintio Cincinato contra los Volscos en 431 a.C: (Livio 4, 29). Una variante es que un mando –por ejemplo Marco Furio Camilio en 386 a.C. en lucha contra los Volscos y Latinos- coja de la mano a un *signifer* y lo arrastre consigo hacia las filas enemigas, avergonzando a los demás¹⁹⁴ (*Strat.* 2, 8, 4). Según Livio, en el 431 a.C. “Dicen que incluso arrojó el cónsul una enseña al interior de la empalizada [de los volscos] para que los soldados se lanzaran con más ardor, y que, al tratar de recobrar la enseña, se irrumpió por primera vez” (Livio 4,29,3, trad. J.A. Villar); exactamente el mismo episodio lo cuenta Valerio Máximo, pero en este caso fue un prefecto de una cohorte de pelignios, Vibio Accao, quien durante el asedio de Capua por Aníbal en el 211 a.C. “arrojó el estandarte al otro lado de la empalizada cartaginesa lanzando todo tipo de maldiciones sobre él y sus soldados si el enemigo se apoderaba de la enseña. Y fue el primero en lanzarse, seguido de la cohorte, en pos de aquella enseña. Cuando Valerio Flaco, el tribuno de la tercera legión vio esto [i.e., que unos aliados itálicos daban tal muestra de valor] dirigiéndose a los suyos, dijo: “Según veo, asistimos aquí como espectadores del valor ajeno, pero, lejos de nosotros el deshonor de que los romanos nos dejemos aventajar en gloria por los latinos!” [...] Oído esto, el centurión Pedanio, sujetando con la mano diestra un estandarte arrancado del suelo, dijo: ‘Esta enseña estará conmigo

¹⁹⁴ “*Arreptum manu signiferum in hostes Volscos et Latinos traxit*”

dentro de la empalizada enemiga, así es que los que no quieran que me la arrebatan, que me sigan’” (Valerio Máximo, 3, 2, 20, trad. S.López Moreda, M.L. Harto, J. Villalba).

Hay más episodios parecidos en la Segunda Guerra Púnica. Livio (26,4,14) cuenta un episodio similar, también en 211 ante Capua, al narrado por Valerio Máximo, sólo que aquí el portaenseña era Navio, hombre de elevada estatura, quien amenaza con arrojar la enseña, sin llegar a hacerlo (Livio 26, 5,15-16)

Como no cabe pensar que arrojar estandartes entre los enemigos fuera un procedimiento táctico estándar en el ejército romano –y en particular entre los aliados pelignios a los que se atribuye en Capua en 211 y en Pidna en 168¹⁹⁵- debemos pensar que, o bien algún episodio de este tipo, muy antiguo, alcanzó tal fama que fue reproducido por los literatos durante siglos, en un *topos* muy del gusto de la mentalidad romana¹⁹⁶ o que, dado el espíritu extremadamente agresivo y ferozmente competitivo de los romanos en batalla, como ha mostrado recientemente J. Lendon,¹⁹⁷ en efecto esta actitud se convirtió en un recurso empleado con cierta frecuencia en momentos de crisis. En realidad, y en lo que a nuestro propósito actual respecta, la historicidad plena o no de estos episodios es irrelevante: la mentalidad que reflejan es plenamente real.

Por otro lado, no siempre se arrojaban las enseñas hacia el enemigo: en el año 54 a.C., los Eburones destruyeron la fuerza de Quinto Titurio Sabino – una legión novata y media-; tras una larga lucha en campo abierto, los supervivientes trataron de refugiarse en el campamento y “*Lucio Petrosidio, aquilifer, viéndose rodeado por muchos enemigos, arrojó su águila dentro de la empalizada y murió con valor defendiendo la entrada. El resto a duras penas contiene el asalto de los enemigos hasta el atardecer; durante la noche, perdida toda esperanza, todos los hombres se suicidan. Los pocos que escaparon de la batalla escaparon por entre los bosques, por sendas ocultas, hasta llegar al cuartel de invierno de Tito Labieno y le cuentan las noticias*” (César, *Bell.Gal.* 5,37).¹⁹⁸

¹⁹⁵ Valerio Máximo *fl.* c. 30 d.C.; Plutarco *fl.* c. 100 d.C.; no parece probable que el detalle de los pelignios fuera tomado por Plutarco de un episodio diferente narrado por Valerio Máximo. Probablemente ambos bebieron de una tradición común o quizá ambos episodios son históricos e independientes.

¹⁹⁶ Ver al respecto el muy elaborado trabajo de J. Bartolomé Gómez (1995) sobre la narración de batallas en Livio, con la advertencia de que no necesariamente toda la repetitiva estructura formal que encontramos en la primera década, que alude a un pasado muy remoto, es aplicable a la narración más realista de acontecimientos más recientes para los que Livio contaba con más y mejores fuentes.

¹⁹⁷ Lendon (2005:172 ss. y especialmente 176-177 y 182 ss.).

¹⁹⁸ La idea del suicidio como forma de salvar el honor y de chasquear al enemigo –por no hablar de evitar de las terribles torturas que algunos pueblos infligían a sus prisioneros antes de

Así, no cabe pensar que fuera plena invención el episodio –diferente– que narra César durante el desembarco en *Britannia* del año 55 a.C. Ante la perspectiva de un largo vadeo seguido de combate en la playa, los soldados vacilaban en saltar de las naves, ante lo que el *aquilifer* de la X legión se lanzó a la playa gritando: ‘*Saltad al agua si no queréis ver el águila en poder de los enemigos*’ (*Bell. Civ.* 4,25); ante la perspectiva terrible de perder su enseña, dice César, los soldados se arrojaron también al agua y hacia la playa enemiga. El episodio es normal: un siglo después, en el 60 d.C. cuando los hombres de Suetonio Paulino desembarcaron en la isla de Anglesey, fueron los portaenseñas los que avanzando, dieron ejemplo al ejército (Tácito, *Ann.* 14,30,2).

En el otro extremo, hay numerosos ejemplos de generales tomando enseñas en sus manos para tratar de frenar la huida de sus hombres. Así le ocurrió a Sila en lucha contra el rey Mitrídates del Ponto: el romano reagrupó suficientes hombres que huían en torno a las enseñas como para resistir hasta que la llegada de refuerzos le sacó del apuro: “*no sólo los que trabajaban fueron dispersados, también la mayor parte de los que, sobre las armas, protegían a los que trabajaban, huyeron en desbandada. Ante est Sila, saltando de su caballo y empuñando una enseña, se lanzó en medio de los que huían hacia el enemigo, gritando; ‘Si muero aquí, Romanos, será con gloria. Pero vosotros, cuando os pregunten dónde abandonasteis a vuestro general, recordad que fue en Orcómeno’.* Ante estas palabras los hombres se reagruparon, y con dos cohortes que llegaron en su ayuda desde el ala derecha, las guió al ataque y salvó el día...” (Plutarco, *Sila* 21). El recurso del general a empuñar las enseñas es común en los textos clásicos; César mismo en África cogió a un portaestandarte que huía y, forzándole a girarse, le espetó: “*Mira, el enemigo está por allí*” (Plutarco, *Caes.* 57).

Es cierto también que no siempre este recurso funcionaba: si el pánico se desataba, incluso la combinación de la presencia del general y de las insignias fallaba: “*todo era confusión, temor, huida, hasta el punto de que, al ordenarles César detenerse tomando por su propia mano las insignias de los fugitivos, unos, dejando los caballos, prosiguieron la carrera; otros por miedo incluso perdieron las enseñas y absolutamente ninguno se detuvo*” (César, *Bell.Civ.* 3,69,4; ante Pompeyo en Durazzo). De hecho, el episodio fue peor de lo que cuenta César si hemos de creer a otras fuentes, ya que según Apiano, “*César corrió en torno a ellos y les mostró con reproches que Pompeyo estaba todavía lejos; sin embargo arrojaban las enseñas ante sus ojos y huían... Hubo uno, incluso, que le dio la vuelta a su enseña [semeion] y se atrevió a atacar [anateino] con el regatón [ouriachos] a César, pero la escolta de éste*

matarles- no es un deshonor, sino todo lo contrario, y las fuentes muestran bastantes ejemplos con respeto, cuando no admiración (cf. por ejemplo las citadas por Cowan 2003a:18-19).

[hypaspistai] lo mató” (Apiano, *Bell. Civ.* 2,62, trad. A. Sancho modif.).¹⁹⁹ Plutarco (*Caes.* 46=39) es más explícito e indica que uno de los que huían, grande y robusto, le tiró a César un tajo de espada, ante lo cual su escudero le mató. No es de extrañar que unos días después cesar tomara medidas, moderadas como se ha visto ya (*supra*): ‘ *cubrió de infamia a algunos portaenseñas y los degradó*’ por no haber actuado como se esperaba de ellos (*Bell.Civ.* 3,74,1). Y no se crea que el ejército se resintió por ello: todos sabían que César había sido incluso benévolo: “*A consecuencia del desastre fue tanto el dolor de todo el ejército y tanto el deseo de resarcir el desdoro que nadie necesitaba órdenes de tribuno o centurión, y cada uno se imponía como castigo mayores trabajos...*” (César *Bell.Civ.* 3,71,1).

Un oficial decidido podía usar el respeto debido a las insignias para aplacar un motín antes de que adquiriera proporciones irremediabiles. Así, Manio Ennio, un *praefectus castrorum* “*tras atemorizar a los que le hacían frente [haciéndoles ver que no le amenazaban a él con su motín, sino al mismo Tiberio, evidentemente estamos en el Alto Imperio], arrebató el estandarte, se dirigió a la ribera del río, y clamando repetidamente que si alguno se salía de la formación sería tenido por desertor, los llevó de nuevo al campamento de invierno, agitados pero sin que se atrevieran a nada*” (Tácito, *Ann.* 1, 38, 2, trad. J.L. Moralejo); lo mismo ocurrió con el episodio ya narrado en que el *aquilifer* Calpurnio disuadió de que unos amotinados mataran a un superior en la misma capilla de las águilas, donde había buscado refugio (Tácito, *Ann.*,1, 39,4).

¹⁹⁹ εἷς δὲ καὶ στρέψας τὸ σημεῖον ἀνέτεινε τὸν οὐρίαχον ἐς τὸν αὐτοκράτορα. καὶ τόνδε μὲν οἱ Καίσαρος ὑπασπισταὶ κατέκοπτον. El texto es complejo. La mayoría de las traducciones indican que el portaestandarte se atrevió a atacar a César, pero el verbo empleado por Apiano (*anateino*) tiene en efecto también el sentido de ‘tender’. Por ello quizá el portaestandarte simplemente le quería dar la enseña a Cesar y seguir corriendo, pro la escolta de éste interpretó mal el gesto. En ese caso, la traducción de A. Sancho para la *BCG* ‘*le dio la vuelta a la enseña y le tendió el mango a César*’ sería la correcta.

Fernando QUESADA SANZ, *Estandartes militares en el mundo antiguo*, (Aquila Legionis. Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano, 8), Madrid, Signifer libros, 2007, 116 pp. [ISSN: 1578-1518]

Pese al título de la obra, el autor se centra en el mundo romano, que es el que más información nos ha proporcionado. Así pues cinco de los nueve capítulos del libro se dedican a las enseñas romanas, tratando desde su origen hasta los estandartes tardoimperiales, pasando por la importancia del *signifero*, los tipos de enseñas o la importancia simbólica que tenían los mismos para los soldados.

Los otros cuatro capítulos (los primeros), nos dan un repaso a la importancia que han tenido los estandartes en el mundo militar a lo largo de la historia, su posible origen y su valor referencial. Se trata también de las diferentes señales que se usaron o se dejaron de usar en Egipto, Grecia, el imperio persa, Cartago y los imperios bárbaros de Occidente.

Dedica un amplio apartado a las famosas águilas legionarias, rastreando su existencia en las fuentes, sus posibles diferentes formas o su especial significado religioso para las legiones. El águila acaba asimilándose al espíritu de la legión, a la legión misma, por lo que su pérdida será algo especialmente temido. Su uso no solo para dirigir al ejército sino también para espolearlo, llegando a arrojarlas al enemigo para impulsar a los soldados a recuperarla, será un importante factor en la victoria en más de una batalla.

No solo estas enseñas son tratadas en el libro, sino también el resto de estandartes conocidos en el mundo militar romano, incluso las generalmente menos estudiadas como los *signa minora* o los *vexilla equitum*.

Este monográfico reúne una gran cantidad de información dispersa sobre estandartes para realizar una obra que resulta tremendamente interesante por ser más general que ciertas obras más localistas o que tratan temas demasiado específicas, pero a la vez tratar un tema muy interesante pero que no recibe el suficiente espacio en las obras más amplias dedicadas al ejército romano.

En esta obra se ofrece una gran cantidad de información, ya sea dando a conocer las fuentes que hablan de los estandartes romanos como las representaciones en relieves, lápidas o monedas. También se refieren los diferentes hallazgos arqueológicos, incluso los más dudosos, comentando la particularidad de cada caso.

Pese a esa gran cantidad de información la lectura se hace amena, siendo la obra accesible para los profanos en la materia. La gran cantidad de páginas web que se ofrecen en la bibliografía también facilita para los menos peritos en la materia, o a las personas que no puedan tener un amplio acceso a bibliotecas especializadas, el poder acceder a información fiable, cribando las páginas útiles de las inútiles. Estas

ventajas superan al posible inconveniente de ofrecer parte de la bibliografía en forma de páginas que pueden desaparecer.

Por otra parte el resto de bibliografía, más tradicional, es bastante amplia y permite a quien esté especialmente interesado en temas más particulares poder encontrar mucha información. Así pues se convierte en una obra muy recomendable también para cualquier especialista o investigador interesado en el tema militar o en el mundo romano mismo.

Patricia GONZÁLEZ GUTIÉRREZ
Universidad Complutense de Madrid

Yann LE BOHEC: *L'armée romaine en Afrique et en Gaule*, (Mavors: Roman Army Researches, volume XIV), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2007, 514 pp. [ISBN: 978-3-515-09067-4].